

EL HOMBRE COMO SER PENSANTE Y SOCIAL

El ser humano según los racionalistas: Con la revolución copernicana que superó la concepción ptolemaica del mundo, también se dio un giro en relación con la concepción del ser humano. En estas nuevas formas de concebir al ser humano, comienza a desdibujarse el carácter religioso que se había otorgado algunos siglos antes y se da una consideración más natural, que partirá de la búsqueda del sentido y del fundamento del ser humano en sí mismo, y se le reconocerá su nueva condición: ser sólo una parte más dentro de la naturaleza.

La pregunta por el yo: Frente a la pregunta por el ser humano, Descartes comienza por la pregunta por sí mismo y mediante la utilización de la duda metódica logra plantearse que él es sólo una cosa que piensa. El ser humano entonces se considera como un ser pensante, cuyo valor e importancia se encuentran esencialmente en el hecho de pensar.

Por otro lado, cuando Descartes se refiere al ser humano como un ser de la naturaleza, hace énfasis en que la diferencia entre el ser humano y los demás seres, radica en que se encuentran a la vez dos substancias, en esencia distintas: la res *cogitans* y la res *extensa*.

De modo que el ser humano es una especie de encuentro entre dos mundos: alma y cuerpo. Cada una de estas substancias es independiente. En este sentido, no puede asimilarse el alma a la vida, puesto que ella es el pensamiento, mientras que la vida depende de causas fisiológicas.

La concepción antropológica de Malebranche: Este pensador asume una posición tradicional: considera que el alma es la forma del cuerpo y plantea que no existe una unión metafísica entre alma y cuerpo. El alma piensa su cuerpo, pero se halla íntimamente unida a Dios. Todas las actividades del alma que parecen causar efecto sobre el cuerpo, en realidad son causas ocasionales, que sólo actúan por la eficacia de la voluntad de Dios.

Lo mismo sucede con las presuntas acciones del cuerpo sobre el alma. El ser humano entonces es la aparente unión de dos substancias absolutamente diferentes e inconexas, similar a lo que ocurre con el agua y el aceite: no se mezclan y por más que estén en contacto no se afectan sus naturalezas.

Para Leibniz, por su parte, la esencia del ser humano es un espíritu o una substancia pensante. Afirma que el espíritu humano es inmortal, en el sentido que conserva su propia personalidad. Pero el espíritu solamente logra su real valor cuando está en comunión con Dios, de quien recibe su fuente única y su ser más profundo: el intelecto.

Concepción empirista del ser humano: Para Thomas Hobbes, el ser humano es un cuerpo animado que no posee un espíritu y cuyos móviles de acción son los instintos y la razón.

Es decir que el ser humano se debe asumir simplemente como ser natural. Locke, sin embargo, considera al ser humano como un ser racional. Plantea que aquello que lleva a la actualización a dichos seres es la búsqueda del bienestar y de la felicidad. Para Locke, el ser humano es un ser que se halla continuamente en estado de incomodidad y de irrealización, y se siente movido a superar ese estado.

Un ser pasional: David Hume propuso que el ser humano es un ser natural que construye y rige su vida con base en sus pasiones. Para este pensador, el hecho de que el ser humano tenga razón es algo accidental, por lo tanto, la razón es, y únicamente debe ser, esclava de las pasiones y en ningún caso reivindicar una posición distinta a la de obedecer a éstas, pues las pasiones son la verdadera realidad humana.

Concepción humana de Blaise Pascal: Pascal comienza su planteamiento con la siguiente afirmación: “evidentemente, el hombre fue hecho para pensar; aquí reside toda su dignidad y su oficio; y todo su deber consiste en pensar como se debe. Ahora bien, el bien del pensamiento está en comenzar a partir del propio “yo”, del propio autor, del propio fin”

Lo que constituye la grandeza del ser humano es su pensamiento. Este hecho le permite ser distinto a los demás seres de la naturaleza. Aquí Pascal radicaliza el planteamiento cartesiano y plantea que: “el hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña pensante”

No es necesario que todo el universo se arme para destruirlo: en vapor o una gota de agua es suficiente para matarlo; pero aunque muera, sigue siendo el más noble sobre el universo, porque sabe que muere y sabe la superioridad del universo sobre él, en cambio el universo nada sabe de ello.

La dignidad y la grandeza del ser humano están en su pensamiento, pues aquello que es considerado naturaleza en los animales, para el ser humano es miseria. Y su grandeza es tal que logra reconocerse también como miserable en los aspectos que le ameritan hacerlo

El ser humano es un ser inestable, no es ángel ni bestia, pero su diferencia y su inestabilidad están colmadas por el hecho de ser conscientes de los límites y los alcances de su realidad.

Concepción del ser humano como ser sociable: Para Giambattista Vico, el ser humano es sociable por naturaleza, tanto que puede definirse como “animal sociable”. Explica Vico que el egoísmo y las pasiones del ser humano son tan fuertes que si pudiera viviría solo y apartado de los demás seres, pero su naturaleza se lo impide.

El ser por su propia naturaleza es muy inseguro, por lo que tiene que recurrir a los demás seres humanos para determinarse de manera comunitaria y para satisfacer socialmente las necesidades de compañía, de afecto y de realización. La dimensión social humana también exige

refrenar las pasiones y sacrificar una serie de elementos de tipo egoísta, pero a cambio ofrece seguridad y estabilidad.

La ilustración y la concepción humana: Para Voltaire, el planteamiento de Pascal acerca de que el ser humano es miserable es totalmente pesimista y está fuera de lugar.

Para él, el ser humano ocupa su lugar en la naturaleza, superior a los animales a los que se parece en sus órganos, e inferior a otros seres en los que quizá se parece en el pensamiento. Está dotado de pasiones para actuar y de razón para dirigir sus propias acciones. El hombre es lo que debe ser, no es más perfecto porque en ese caso sería Dios y no lo es menos, porque entonces sería otro animal.

Rousseau considera al ser humano como sentimiento, no como razón. Esta concepción es naturalista y pretende devolverle al ser humano su carácter de ser natural, donde la riqueza pasional y la espontaneidad de sus sentimientos más profundos son los que se determinan su sentido y su realización, más que la reflexión abstracta sobre su fin último.

Sujeto pensante y consciente: Por último, Kant asume que el ser humano es un sujeto, asumido y asimilado como “yo pienso”, que no es entendido como un yo particular e individual, sino como estructura del pensar común a todos los sujetos empíricos.

Dicho sujeto es consciente de sí mismo en cuanto ser pensante pero no como sustrato nouménico, es decir la esencia misma de sí mismo y de su realidad pensante. El ser humano está constituido fundamentalmente por dos aspectos: uno referido a la razón pura (intelecto) y el otro referido a la razón práctica (sus acciones).

En este sentido se entiende como un ser que está en continua tensión entre lo finito y lo infinito. Sin embargo; para Kant el destino del ser humano es hacia lo infinito. En esta visión Kant también reconoce que en el ser humano hay una criatura animal que tendrá que devolver la materia de la que está hecho al planeta, después de haber sido dotado de vida por un corto tiempo.

Sin embargo, hay en él una vida independiente de la animalidad y superior a ella, una existencia cuyo fin último tiende siempre hacia lo infinito y está libre de limitaciones y de ataduras a esta vida.

Discurso sobre la desigualdad entre los hombres Rousseau

El primer sentimiento del hombre fue el de su existencia; su primer cuidado, el de su conversación. Los productos de la Tierra le proveían de todos los recursos necesarios, y su instinto lo llevó a servirse.

El hambre y otros apetitos, le hicieron experimentar alternativamente diversas maneras de vivir, entre las cuales

hubo una que lo condujo a perpetuar su especie; mas esta ciega inclinación, desprovista de todo sentimiento digno, no constituía en él más que un acto animal, pues satisfecha la necesidad, los dos sexos no se reconocían y el hijo mismo no era nada a la madre tan pronto como podía separarse de ella.

Tal fue la condición del hombre primitivo; la vida de un animal, limitada en un principio a las sensaciones y aprovechándose apenas de los dones que le ofrecía la naturaleza, sin pensar siquiera en arrancarle otros.

Pero pronto se presentaron dificultades que fue preciso aprender a vencerlas: la altura de los árboles que impedía alcanzar sus frutos, la concurrencia de los animales que buscaba para alimentarse, la ferocidad de aquellos que atentaban contra su vida, todo le obligó a dedicarse a los ejercicios del cuerpo y fue preciso hacerse ágil, ligero en la carrera y vigoroso en el combate.

Las primeras regularidades: A medida que el género humano se extendió, los trabajos y las dificultades se multiplicaron. La variedad de terrenos, de climas, de estaciones, los obligó a establecer diferencias en su manera de vivir.

Esta reiterada aplicación de los elementos extraños y distintos los uno de los otros, debió engendrar de manera natural al espíritu del hombre la percepción de ciertas relaciones.

Los nuevos conocimientos que fue adquiriendo, aumentaron y le permitieron reconocer su superioridad sobre los demás animales.

Fue así como, al contemplarse superior a los demás seres, tuvo el primer movimiento de orgullo, y considerándose el primero por su especie, se preparó con anticipación a adquirir el mismo rango de manera individual.

Las primeras organizaciones: Sabiendo por experiencia que el deseo de bienestar es el único móvil de las acciones humanas, se encontró en estado de distinguir las raras ocasiones en que por interés común debía contar con el apoyo de sus semejantes, y las más raras aún en que la concurrencia debía desconfiar de ellos.

Nacen los sentimientos: Las primeras manifestaciones del corazón fueron hijas de una nueva situación, que reunía en morada común a maridos y mujeres, padres e hijos.

El hábito de vivir juntos engendró los más dulces sentimientos jamás conocidos entre los hombres: el amor conyugal y el amor paternal. Cada familia quedó convertida en una pequeña sociedad, tanto menor establecida, cuanto que el afecto recíproco y la libertad eran los únicos lazos de unión.